

---

---

## CUARTO SERMON.

---

El catolicismo modera y ordena las pasiones.

*Spiritu ambulate, et desideria  
carnis non perficiatis.*

(Gal. V, 16.)

**E**L Hijo de Dios, Señores, al hacerse hombre, tomó nuestra naturaleza con las miserias y defectos que le originó la prevaricación, á excepcion del pecado, y esto no solo para acreditar que venia á la tierra verdadero hombre semejante á nosotros, sino para enseñarnos que al elevarle en su persona á la sublime grandeza de la union con la Divinidad, y regenerarla en cada uno de nosotros por la gracia, no venia á destruirla, sino á renovarla á imagen de él mismo (1). Esto nos insinúa tambien el Apóstol cuando dice que estamos arraigados en Cristo, é ingertados de él por el bautismo (2); esto es, que conservando la raiz de nuestra naturaleza, reci-

---

(1) Christus suscepit defectus nostros, ut pro nobis satisfaceret, et ut veritatem humanæ naturæ comprobaret, et ut nobis fieret exemplum virtutis. (*S. Thom.*, 3. p., q. 15, a. 1.)

(2) Colos. II, 7. — Rom. VI, 5.

bimos una sávia superior y divina, que santifica lo que por sí era bastardo y estéril. Somós, añade, participantes de Cristo, si hasta el fin persevera en nosotros ese principio de su sustancia (1); y perseverando crece hasta hacer que desaparezca de nosotros el hombre viejo, y nos renovemos en nuestro espíritu para ser hombres nuevos, criados segun Dios, creciendo hasta la plenitud de varones perfectos (2), y corroborándose en nosotros la virtud divina para esta completa renovacion (3). Esta es la obra de la gracia; pero exige la cooperacion del hombre. El que te ha criado sin ti, no te justificará sin ti, dice San Agustin (4). Así como en el estado de inocencia quiso Dios que Adan se hiciese digno de la conservacion de los privilegios que le concediera y de la grandeza que le preparaba, así ahora quiere que sea recompensa de nuestros esfuerzos la gloria de su eterna posesion á que nos llama. No ha de ser todo obra de Dios; ha de ser tambien obra del hombre, robustecido con los auxilios superiores. Por ello deja en nosotros la raiz de la concupiscencia, para que peleando legítimamente, seamos coronados (5) despues de haber alcanzado victoria de nosotros mismos; pero nos da sus luces y su gracia, que, como él mismo dijo al Apóstol, basta para esta victoria (6). Hé aquí por qué Jesucristo no solo es el Redentor, sino tambien el maestro y el modelo de la humanidad.

A esta renovacion completa del hombre corrompido

---

(1) Hebr. III, 14.

(2) Ephes. IV, 22.

(3) Id. id. 13, 15.

(4) Qui creavit te sine te, non justificat te sine te: creavit nescientem, justificat volentem. (*S. Aug.*, *Serm.* 15 de Verb. Apost., c. 11.)

(5) Timoth. II, 5.

(6) II Corinth. XII, 9.

por el pecado, para rehabilitarle en los derechos que perdió por aquel, tiende siempre el Catolicismo. Ni una página vereis en el Santo Evangelio, que no nos presente esta idea dominante y primordial en las máximas, en los ejemplos y en las acciones de Jesucristo. Todo el hombre se había corrompido por la concupiscencia: todo él debe ser renovado por la gracia. Su entendimiento, su corazón y su cuerpo estaban esclavizados bajo la ley del pecado, y Jesucristo viene á dar la luz al entendimiento, el amor y la vida al corazón, la ley y el remedio al cuerpo; pero no contentándose con el plan general, desciende á los detalles, penetra en todos los pliegues del corazón, persigue, donde quiera le encuentre, el principio del mal, y lo arranca, depositando en su lugar la semilla del bien. Toda la naturaleza ha de ser renovada para que el hombre nuevo sea distinto en todo del hombre viejo, sea semejante al divino modelo Jesucristo, de quien se hace hermano, compárticpe de sus derechos y de su gloria.

Entremos, pues, hermanos míos, en el exámen de esta acción del catolicismo, que modera y ordena las pasiones del hombre para obrar su completa regeneración.

#### PRIMERA PARTE.

El hombre, Señores, no puede vivir sin pasiones. Dotado de entendimiento y de voluntad, ama lo que la inteligencia le presenta digno de ser amado, aborrece lo que la inteligencia le presenta digno de odio, espera y desea lo que cree le producirá un bien, teme lo que se

persuade que será para él un mal, busca aquello y rechaza esto, se goza en la posesión de lo primero, y se irrita ó entristece con la presencia de lo segundo. Hé aquí las pasiones. Son un movimiento ó emoción del alma, ó más bien, del apetito sensitivo, excitado con la imaginación, la idea ó la presencia de un bien ó de un mal, según las define Santo Tomás con el Damasceno (1).

El hombre, como sér inteligente, vive de las ideas que en su mente se forman, de las impresiones que recibe, de los objetos que le rodean. Toda idea engendra en él un sentimiento, y este se manifiesta en los actos exteriores en conformidad á la idea y al sentimiento de que proceden. Por ello se ha dicho también que la pasión es una especie de necesidad vivamente sentida, una atracción poderosa que nos lleva hácia un objeto para unirnos con él, confundiendo nuestra vida con la suya (2), ó una repulsión igualmente fuerte, que nos aparta para impedir toda comunicación con el mismo. No teniendo el hombre una perfección absoluta, no bastándose á sí mismo para el completo de su vida, ni en su inteligencia, ni en su corazón, ni en los sentidos, y puesto en relación necesaria con todos los demás séres, no puede vivir sin pasiones. Dejaría de ser hombre, dejaría de tener vida propia si no las tuviese. Las tuvo el primer hombre en el feliz estado de la justicia original en que Dios le había criado, dice Santo Tomás (3): le animaba el amor y el gozo de los bienes que poseía, y la espe-

(1) Passio est motus appetitivæ virtutis sensibilis in imaginatione boni vel mali. Et aliter, passio est motus irrationalis animæ, per suspensionem boni et mali. (S. Thom. 1 2, q. 22, a. 3.)

(2) Lacordaire, Conferencia 26.

(3) Passiones quæ possunt esse boni præsentis, ut gaudium et amor, sunt futuri boni in suo tempore habendi, ut desiderium et spes non affligens fuerunt, in statu innocentiae. (S. Thom., 1 p., q. 95, art. 2.)

ranza y el deseo de los que se le ofrecían como venideros. Las tuvo el mismo Jesucristo, que tomó nuestra naturaleza, y sintió la pasión del amor y de la amistad con Lázaro, la tristeza y el temor en el huerto de Getsemani, el dolor en sus tormentos y en su muerte. Son, en fin, las pasiones, una consecuencia de la naturaleza humana, y Dios se las ha dado al hombre como le dió todas las cosas para el bien, para su felicidad; pero lo mismo que todo cuanto le fué dado, pueden conducirle á la grandeza ó á la degradación.

Las pasiones en sí mismas son indiferentes: la libertad del hombre decide de ellas, su bondad ó su malicia del principio que produce la emoción del alma, ó del apetito sensitivo, y del término á que se dirige; siendo por lo mismo una potencia amable y productora de grandes bienes, ó una potencia terrible y destructora. El alma, ó bien, dirigiéndolas sábiamente, se vale de ellas como de caballos briosos, pero domados, que enganchados á la carroza del cuerpo, la conducen al heroísmo y á la inmortalidad; ó bien, dejándolas libres, la arrastran á la degradación y la precipitan en el abismo.

El hombre, imágen de Dios, naturalmente ama el bien y lo desea; pero la voluntad, potencia ciega, necesita una luz, un guía que le muestre lo que es realmente bueno. Ese guía natural del hombre es la razón. Mientras perseveró en la unión y amistad con Dios en el paraíso, la razón, iluminada con la luz divina, y recta en sí misma, conocía claramente el bien, y la voluntad se unía á él, se gozaba en él; las pasiones sometidas á la razón, como esta á Dios que la iluminaba, le hacían feliz. Era verdaderamente libre. Así como Dios le había dado una especie de soberanía y dominio sobre todas las criaturas del universo, así también le había hecho dueño de sus pasiones, que no obraban sino por sus órdenes, y

le estaban absolutamente sometidas (1). Recordad la idea que os presenté de esa felicidad en mi primer discurso. Pero, ¡oh Dios! de cuán corta duración fué este dominio. ¡Cuán pronto fué desposeído este soberano, y cayó en desgraciada esclavitud, por no haber querido someterse á Dios con un acto de obediencia que debía serle tan ventajoso, y dar una prueba más de que era verdadero soberano de sí mismo! Seducido por la serpiente, se dejó fascinar, y admitió en su corazón el deseo de una grandeza superior; sometió la razón al imperio de la pasión, y quiso ser Dios por medio de la infracción del precepto de Dios (2).

El primer efecto del pecado fué la ceguera del entendimiento. Dios retiró su luz, y la razón del hombre se oscureció y se extravió. Su voluntad, deseosa siempre de un bien en que gozarse y de una verdad á que unirse, le pregunta desde entonces cuál es lo verdadero y cuál lo falso, dónde está el bien y el mal, y no sabe qué responder. Su juicio y sus pasiones concertados, le engañan (3). Desde entonces siente dentro de sí mismo la rebelión de las pasiones contra la razón, y principia entre la parte inferior y superior del alma esa lucha, esa guerra intestina, que jamás ha sido interrumpida por la paz ni por la tregua (4). Es decir, hermanos míos, que la carne domina al espíritu, el hombre no vive ya según la razón; la razón se alimenta de la sensación, del placer,

(1) Non enim contra rectam voluntatem ad aliquid movebantur, unde necesse esset eas rationis tanquam frenis regentibus abstinere. (S. Aug., de Civit. Dei, lib. 14, cap. 19.)

(2) Sua potestate uti voluit, præceptum rumpere delectavit, ut nullo sibi dominante fieret sicut Deus, quia Deo nullus utique dominatur. (S. Aug., Serm. 1, in Ps. 70.)

(3) Lamennais, *Ensayo sobre la indiferencia*, p. 1, c. 35.

(4) Gal. V, 17.

del apetito, y el que antes era imágen de Dios, viviendo de su vida, ahora se hace semejante á los irracionales, viviendo de la sensacion del sentido. *Homo cum in honore esset, non intellexit: comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis* (1). Desde entonces, las pasiones son ley del hombre: el bien y el mal son para él la riqueza y la pobreza, el placer y el dolor, la soberanía y la sujecion ó subordinacion. La concupiscencia reina en él, y todo cuanto hay en el mundo, dice San Juan, es concupiscencia de la carne, ó amor del placer; concupiscencia de los ojos, ó amor de las riquezas; soberbia de la vida ú orgullo, soberanía y egoismo (2).

¡Qué trastorno, hermanos míos, en la naturaleza! ¿No hemos visto en el mundo por esa revolucion el imperio de la sensualidad y el libertinaje mas asqueroso divinizado por la pasion, el imperio de la avaricia y el robo santificado en los dioses, el imperio de la tiranía sancionado por la ley en la bárbara esclavitud, y los crímenes todos entronizados sobre la tierra? El mundo lo vió, y los filósofos y los hombres que estudiando el mal buscaban el remedio, exclamaban: veo lo que es mejor, y lo apruebo, pero sigo lo peor (3); es decir, me entrego á merced de mis pasiones. Ese es el hombre por efecto de su caida: hizo esclava á la razon, que antes era señora, y dió el imperio al apetito y las pasiones, que antes estaban dominadas por aquella.

¿Cómo se explica, Señores, este desórden? El hombre, aun despues de su caida, tiene conciencia de su destino. Conserva la idea de un gran bien que ha perdido, conoce que le falta algo, comprende que está lla-

(1) Psalm. XLVIII, 13.

(2) Joann. II, 16.

(3) Ovidio, *Eurípides, tragedia de Hipólito*.

mado á elevarse, á engrandecerse, á ser feliz. El deseo de esta felicidad es su gran pasion, el móvil de todos sus afectos, la razon de todas sus acciones. Lo encontrareis en las encantadoras ilusiones del niño, en las aspiraciones del jóven, en los cálculos del hombre maduro y en las esperanzas del anciano. Preside los sueños del poeta, las meditaciones del filósofo y los ambiciosos planes del político y del guerrero. Es la cuestion reina de las cuestiones de la humanidad, y ha obtenido la primacía en todo lugar y tiempo (1). ¿Y qué es la felicidad? ¿Dónde está ese bien siempre buscado, y nunca por nadie poseido á satisfaccion sobre la tierra? Ha de ser un bien superior al hombre, un bien que le perfeccione, que le engrandezca, que satisfaga todas sus necesidades y todas sus aspiraciones; y el hombre en sus aspiraciones no tiene término, es infinito. Ese bien, hermanos míos, dice San Agustín, no puede ser otro que Dios (2). Solo Dios tiene esas condiciones que exige la insaciable pasion del hombre. Pero éste, por el pecado, se alejó de Dios, renunció á él, miró como indigno de sí el deberle nada, y se propuso buscar por sí mismo fuera de Dios la satisfaccion de sus deseos, el término de sus aspiraciones.

Fuera de Dios y de su luz, guía de la razon, y de su verdad, alimento de la inteligencia, y de su amor, vida del corazon, y de la comunicacion de sí mismo, término

(1) De finibus bonorum et malorum multa et multipliciter inter se Philosophi disputarunt; quam quæstionem maxima intentione versantes inveniri conati sunt quid efficiat hominem beatum. (*S. Aug., de Civit. Dei, lib. 13, cap. 1.*)

(2) Tantæ dignitatis est cor humanum, ut nullum bonum præter summum ei sufficiat. (*Id., de Beata vita, c. 2.*) Satis ostendis quam magnam creaturam rationalem fecerit, cui nullo modo sufficit ad beatam requiem quicquid te minus est, ac per hoc nec ipsa sibi. (*Id., Confess., lib. 13, cap. 8.*)

de toda elevacion y grandeza, no hay para el hombre otra cosa que las criaturas que le rodean sobre la tierra. A ellas pide lo que no quiere de Dios; á las criaturas, que, siendo inferiores al hombre, no pueden darle nada que le eleve sobre sí mismo, y que por el contrario, le arrastran y le rebajan hasta su nivel; á las criaturas, que todas juntas son un átomo para la inmensa capacidad del corazon, pide el hombre la satisfaccion de sus insaciables deseos. ¡A cuántas trasformaciones las somete! ¡Cuántos recursos inventa! Todas sus pasiones, excitadas por el gran deseo, y auxiliares de la gran pasion, se emplean en ello; pero el resultado es fatal, Señores. Desde que la razon suelta las riendas á una ó á todas las pasiones, dejándose llevar por ellas al término que se propone, el desórden crece constantemente; el deseo, un momento satisfecho, renace con más fuerza; el vacío del corazon se hace cada dia más sensible; las pasiones desbordadas ofuscan la razon, borran del entendimiento toda idea que no sea la de su objeto, tiranizan el corazon, corrompen los sentidos, y «el hombre, condenado á »sufrir todo género de servidumbre, esclavo del príncipe »de las tinieblas que le sedujo, esclavo de sus propias »inclinaciones y de sus más viles apetitos, desciende y »descenderá tanto, que nada verá debajo de sí; y sin »embargo, inquieto, atormentado por una sed siempre »creciente, como el calenturiento que sintió sobre la »lengua unas gotas de agua, ensayará todavía bajar »más. ¿A dónde va? ¿Qué quiere? Busca debajo de la »desesperacion no sé qué espantosa alegría que domi- »nará á su inteligencia extraviada, y entonces se le oirá decir entre sí; no hay más Dios que yo.» (1)

¿Qué se ha hecho, hermanos míos, la soberanía de

(1) Lamennais, *Ensayo sobre la indiferencia*, p. 1, c. 35.

esa noble criatura, á quien concediera el Criador entero dominio sobre todas sus obras (1), y á quien sometió sus propias pasiones? (2) ¿Qué se ha hecho la grandeza de su alma, capaz de lo infinito (3), y á quien nada fuera de Dios puede satisfacer? (4) ¿Qué se ha hecho su libertad, don precioso de Dios, que le fué dado para que se elevase por la virtud hasta Dios mismo? Todo lo ha renunciado. Como Esaú, ha vendido su primogenitura por un vil manjar (5); ha dicho á Dios: *Non serviam* (6), y se ha hecho siervo de sus pasiones, que en nada están acordes sino en degradarle, en atormentarle y hacerle desgraciado. Reinan sobre él, dice el Abad de Celles, no como señores legítimos, sino como tiranos: le mandan sin compasion, le imponen sus órdenes sin discrecion, le dominan todas á la vez y con extraña confusion (7). Esos tiranos, como de sí mismo decia San Agustin, luchan dentro del hombre sobre cuál principalmente se apoderará de él (8); y como por un caballo indómito, concluye San Ambrosio, se ve arrastrado, herido, precipitado y destrozado por las pasiones que no ha sabido enfrenar (9). ¿Qué extraño, pues, que no hallando en

(1) Gen. I, 28.

(2) Id. IV, 7.

(3) Si vis cognoscere magnitudinem animæ, Dei capax est.... ¿Quid ait de anima? Habitabo in ea, et deambulabo. ¡O magna capacitas, o ingens animæ magnitudo! (S. Thom. a Vill., *Serm. in Dom. 2 post Epiph.*)

(4) S. Aug., *de vita beata*, cap. 2.

(5) Gen. XXV, 33.

(6) Jerem. II, 20.

(7) Imperant ei vitia, non domini, sed tyranni: imperant, sed sine misericordia: mandant, sed sine discretione: conregnant super eum, sed sine dissensione.

(8) Certant in me ipso de me ipso, cujus potissimum esse videar. (S. Aug.)

(9) Qui dominari nescit cupiditatibus, quasi equus raptatur indomitus, volvitur, obteritur, laniatur, affligitur. (S. Ambros., *de Virginit.*, lib. 3.)

ninguna parte lo que desea, conociendo como Salomon por una triste experiencia, que todo en el mundo es vanidad y afliccion de espíritu (1), y que habiendo deserrado de su corazon á Dios, y con él á la esperanza, aborrezca la vida, desprecie la existencia y se lance en el abismo de la desesperacion, dando fin á su tormento con el suicidio? ¡Triste término del imperio de las pasiones sobre la razon! ¡Ultimo acto de tiranía que ejercen sobre el hombre en castigo de no haberse sometido á Dios, y de haber querido sustituir á Dios con la criatura.

¡Cuán frecuente es, por desgracia, hermanos míos, esta terminacion fatal de la marcha de las pasiones. Principian desenvolviendo ante la imaginacion del hombre el cuadro de la vida resplandeciente con el brillo de sus ilusiones. Es la reproduccion de la tentacion primera. Llaman al corazon, y el hombre resiste; insisten, y ya escucha y titubea como la primera mujer. Hacen brillar á sus ojos esa rosa del placer, de la que cada día que pasa arranca una hoja, y el hombre, ansioso de gozar, cae al fin. Desde luego se pregunta y discute consigo mismo, fija los derechos de su conciencia, estipula sus reservas, hasta que poco á poco, sucumbiendo voluntariamente y casi sin tentacion, trata de sofocar y ahogar la voz de la conciencia con el tumultuoso grito de las pasiones. Estas encienden en su interior un fuego devorador que pide sin cesar nuevo alimento, y se apoderan del corazon, le invaden, se fijan en él. Sometido á esta accion abrasadora y deletérea, el corazon pierde su virginidad, pierde su fuerza nativa, pierde su nobleza; sus instintos se desnaturalizan, y desaparece su aspira-

(1) Eccli. I, 14.

cion á elevarse sobre sí mismo y sobre cuanto le rodea para acercarse á Dios. En vano desde entonces espera volver á encontrar la felicidad en el camino que á sí mismo se ha trazado. Dios ha dicho, y su palabra se cumple siempre: «No hay paz para el corazon del impío.» (1) Así es que lejos de dormirse en el reposo y en la dicha que buscaba, se agita entre remordimientos. Cree preciso sofocarlos, y lo hace procurando destruir el principio de donde nacen, es decir, el sentimiento de la conciencia. Esto exige un paso más, acabar con el principio regulador de la conciencia, con los sentimientos religiosos, y hasta con la idea de Dios. No hay Dios, dice en su insensatez (2), y á fuerza de decirlo se figura creerlo.

Pero ¡ah! hermanos míos, porque el hombre niegue á Dios, no deja de existir este Sér Supremo; porque el hombre quiera proclamarse libre é independiente, no pierde Dios sus derechos sobre la criatura rebelde; y Dios, que obra siempre sobre el hombre, ó por su misericordia y su amor, ó por su indeclinable justicia, le hace sentir el terrible peso de la segunda, para que conozca, dice Jeremías, cuán malo es y cuán amargo haber querido separarse del Señor nuestro Dios (3). Porque conociéndole, no le glorificaron como á Dios, escribe San Pablo, se desvanecieron en sus pensamientos, oscureciéndose su corazon insensato, y haciéndose necios mientras se tenian por sábios; por lo cual los entregó Dios á los deseos de su corazon, á la inmundicia; y porque mudaron la verdad de Dios en la mentira, y sirvieron y adoraron á la criatura antes que al Criador, los entregó á pasiones vergonzosas; y porque, en fin, no die-

(1) Isai. XLVII, 21.

(2) Psalm. XIII, 1.

(3) Jerem. II, 19.